

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FACTOR, 4, ENTRESUELO :: APARTADO DE CORREOS 515 :: TELÉFONO 3951 :: 16 PÁGINAS, 5 CÉNTIMOS :: 25 EJEMPLARES, 75 CÉNTIMOS :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :: AÑO I :: NÚM. 15 :: MADRID, 4 SEPTIEMBRE 1914.



¡O dejan ustedes de mirar,
o les tiro el zapato!





EL HOTEL PALACE

“Y la llevan al Hotel Palace con un traje que tira p'atrás.”

He aquí lo que dentro de poco, con música o a palo seco, va a poder decirse de más de una hija de familia; bien entendido que lo de tirar p'atrás se refiere solamente al traje.

Ustedes sabrán, mis amables lectoras, que este Hotel no ha tenido el éxito que se prometía su razón social. Iba muy poca gente, con lo cual perdía la razón. Perdía la razón del Hotel, sin perjuicio de que, a veces, fuese la gente la que perdía, entre otras cosas, la razón.

Parte del fracaso (la “plupart”, que decíamos en Francia) la mayor parte del fracaso correspondió a la iniciativa de un Gobierno que prohibió el juego.

En el Hotel Palace tirarían—no lo dudo, ya que hasta con música lo dicen—; tirarían p'atrás los trajes, tirarían lo que a ustedes les diese la gana; pero no se tiraba al monte.

Eso se había quedado, por orden gubernativa, para las cabras. Las cabras siempre tiran al monte; pero los propietarios del Palace, o no habrán llevado allí cabras, o se les habrán ido.

Total: que no se jugaba. En la inmensa sala de juego destacábase, al centro, solitario y desierto, el tapete verde. El monte estaba verde también, como las uvas de la fábula.

Entonces, la razón social pensó, y con razón, en echar las aguas por otro tablar, como suele decirse.

Y se daban cenas-desayunos, o séase cenas a las altas horas y en las altas dependencias, condimentadas para altas personalidades que se hacían acompañar por altas estrellas de variedades.

Las estrellas de variedades están también altas—como todas las estrellas—, aunque de muchas puede asegurarse aquello de que torres más altas cayeron.

Con todo, las cenas-desayunos no daban mucho qué hacer a la servidumbre del Palace. Si los comensales hubiesen dormido, cabe el Hotel; nada más fácil que servirles la cena-desayuno en la cama.

Jamás se aglomeraba la parroquia, o, si se aglomeraba, era en un grupo de dos, cantidad bien exigua para tan enorme propiedad.

Las artistas y gente trashumante, encontraban que el Palace estaba lejos y no comparecían.

Para compensar estas pérdidas nocturnas, la citada razón hostelera organizó se-

EL POETA BOHEMIO



El.—Yo quisiera leerle a usted un poema que he compuesto cantando su belleza.

Ella.—¡Ay, lo siento mucho, pero dentro de un momento vendrá un banquero amigo mío que piensa leerme una escritura, en la que me cede una casa de seis pisos!



Una de las que están bien de pantorrillaje.

siones de cinematógrafo, abajo, en el café.

Todas las noches, mil metros de cinta.

Y, en efecto, los hombres acudían; pero no así las hembras, a quienes asustaba la idea de los mil metros y de que estos mil metros se los aplicasen "en cinta".

Cuando el género masculino daba fin del moka correspondiente, se iba en busca de otro género. Y a las doce, el panteón de doña Inés y el Hotel Palace eran la misma cosa.

¿Qué hacer, entonces, con una casa tan grande?

Y la razón social, sin titubear, se ha respondido que no cabe otro recurso que el de dedicar la casa a la mejor industria: a vivir del arte.

Y ya es cosa hecha, si no mienten los informes, que en breve debutará una compañía internacional de artistas de variedades. ¡Pero completamente internacional!

Ahora no dirán las artistas que el Palace las coge lejos; ahora lo tendrán todo en la mano, y, sin tener que vestirse ni arreglarse, como encontrarán el foyer dentro de casa, cenarán todas las madrugadas, haciendo el gasto de rigor.

Al calor de las artistas (y de las cenas) no dejarán de ir todas las madres, algunas hermanas y muchísimas tías, que, mientras aquéllas pelan la pava, desplumarán al payo, pidiendo muchas cosas en salsa a la "bayonesa".

Y, aparte la familia cupleteril, será posible que caiga por allá alguna hija de otra familia con un traje que tire p'atrás...

César Jalón.

(Desde una mesa del Palace, a las orce de la noche.)

ACLARACIÓN

En vista de que algún mal intencionado cree que eso de los polvos Borotal es un camelo, nos indignamos y decimos:

1.º Que los polvos Borotal que se ven-

den en la farmacia de F. Bellort, Fuencarral, 17, son los mejores polvos para suavizar y blanquear el cutis sin que sufra la epidermis ni tanto así (ahora nos clavamos la uña del dedo pulgar en la primera falange del dedo índice).

2.º Que nos consta, que creemos en la bondad de esos polvos.

3.º Y que por una peseta veinticinco céntimos que cuesta la caja, salen ustedes de dudas.



El.—¡Qué horror; vaya una manera de bajar los francos!

Ella.—¡Pnes no se cómo te asustas de eso, porque tú estás acostumbrado a la baja!



Una artista de varietés, guapísima ella, ha mandado confeccionar en CASA DE LA JUANA este modelo de traje para cantar *Las piernas de "El Viejo Verde"*, cuplé graciosísimo, original de nuestro colaborador Jerónimo Gómez, con música de F. Orejón

¿A QUÉ EDAD CAERÍA?

—No vengo a ver al amigo, sino al abogado... Mejor dicho, busco al abogado amigo...

—El amigo fraternal le tienes aquí. ¿Qué te pasa? Habla... Ven, en mi despacho estaremos mejor, porque supongo que quieres consultarme alguna cosa importante.

—Es un asunto reservadísimo. Un caso de conciencia. Un... ¡por vida de!...

—En primer término, tranquilízate. Toma asiento. Fuma. Ajajá. Estamos solos; nadie nos importunará. ¿Quieres un tabaco? Soy todo oídos.

Jaime Tomillares es un cuarentón. Tuvo una juventud borrascosa. Hace dos meses

Seguía corriéndola, pero con disimulo. En vez de rendir a las mujeres con su elocuencia, como antaño, las consigue ahora con dinero. Esto es más rápido y menos enojoso.

Jaime y Ricardo son amigos desde que estudiaban las primeras letras. Los mismos gustos y aficiones, el mismo círculo de amistades, fortunas equilibradas... Les une una amistad de treinta años.

La escena que acabamos de referir se desarrolla en un saloncito-despacho coquetón. La mesa, limpia de papeles. El ambiente, perfumado. Mas que cuarto de estudio, parece, "budoir" de mujer joven, guapa y elegante. Ni un libro. Ricardo llama a este despacho "el confesionario".

Ricardo y Jaime están sentados frente a frente. Les separa una mesita pequeña que tiene una caja de tabacos, otra con cigarri-



Arte, nada más que arte.

que se casó con una linda señorita de veinte primaveras, y sólo dos días que ha regresado de su viaje de boda por Europa. Es guapo, de mediana estatura, elegante, rico, dado a las mujeres, al juego y al buen vino. Cuando la "pata de gallo" quedó grabada en su semblante, Jaime, frente a un espejo, después de larga contemplación, suspiró, y haciendo mentalmente balance de fortuna y de fuerzas, exclamó con acento melancólico: —Jaime, hay que buscar cuarteles de invierno.

Medio año después, se casaba.

Ricardo Pina es un abogado con muchos asuntos, diputado, de la misma edad que su camarada.

La corrió mucho hasta los treinta, en cuya época casó con la hija de un personaje. Poco después era diputado y se le consideraba como hombre de porvenir.

EL VIEJO VERDE

llos emboquillados y un aparatito de alcohol que luce su llama azulada constantemente.

Jaime, a quien el hábito de oír confesiones puso un gesto de hastío, dice, disimulando a medias un bostezo:

—Chico, habla ya de una vez, porque me tienes un sí es no es intranquilo. ¿Es algo que te afecta a tí? ¡Rompe de una vez... cuerno!

La interjección del abogado hace dar un salto a Tomillares, que se muerde los labios, suspira, y luego de pasarse la mano repetidamente por la cabeza, dice así:

—Tú sabes mejor que nadie que yo me he casado locamente enamorado...

—Es natural y legítimo. Tu mujer es una preciosidad, físicamente considerada. En lo moral, un ángel.

—Así lo creímos tú y yo y todos.

LOS VENDEDORES DE "EL VIEJO VERDE."



Demetrio
CUESTA

Inteligente vendedor de periódicos; hombre de cultura, si que también un poco enamorado. De Santander se escapó para que no le arañase una *santanderina* a la que le escoció una cosa que le hizo él.

—Un angel y una hermosa mujer.

—¡Yo la quiero con toda mi alma!

—Cuando los hombres de cuarenta años nos enamoramos, nuestra pasión es un incendio devorador...

—Luisa—bien lo sabes tú—es y era medrosica, tímida, infantil. ¡La sorprendí muchas veces jugando con las muñecas!...

—¡El instinto de la maternidad!—exclamó Jaime—disimulando el segundo bostezo, mientras se pellizcaba con recato para ahuyentar el sueño que se apoderaba de él en aquella hora de siesta de un día de canícula.

—Su inocencia me infundía tanto respeto, que hasta que fué mi mujer no la dí el primer beso...

—¡Perillán!

—¡Te lo juro! Ese día yo estaba preocupado. Los que hemos vivido de prisa llegamos a la cuesta de los cuarenta un poco cansados... Mi entrenamiento de cuatro o cinco meses de reposo no fué virtud, sino temor. El casamiento es una batalla dulce, pero batalla al fin, y mi amor propio y mi conocimiento de la vida me hacían prever

el peligro. Necesitaba reunir todas mis fuerzas para el asalto, había que vencer obstáculos, porque los caminos que conducen a la felicidad, hasta que no son explotados ofrecen resistencias...

—¡Eso!, con selvas vírgenes. ¿No es así?

—De acuerdo... Mi desilusión, mi sorpresa, mi rabia, mi preocupación, mi... ¡cómo decirlo todo! Todas mis precauciones fueron inútiles... ¡No existía el sacrificio... la resistencia fué nula!

A punto estuvo Jaime de exclamar por segunda vez ¡Cuerno!; pero se contuvo a tiempo. La confesión le había cogido cuando iniciaba la operación de cabalgar la pierna derecha sobre la izquierda, y la sorpresa paralizó su movimiento, quedando como las grullas, con un pie en alto.

Sucedió a las últimas palabras de Ricardo un silencio largo, embarazoso, que a Jaime le pareció que duraba un siglo. Tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar.

GALANTERIA



El.—¡Bueno mujer, bueno; está bien!...

Ella.—¡Mira Antonio que me estás buscando la lengua y me la vas a encontrar!

El.—¡No sería un encuentro desagradable!

No acertaba a modular ningún sonido. ¡Sí, sí que era bonita la situación de su amigo! ¿Y qué decirle?...

Más sereno cuando sus ojos encantadores adivinaron que el extenorio deseaba ser consolado, el abogado, adoptando un sonsonete de consejero cariñoso, sondeó al cuitado.

—Tú la crees buena, inocente. ¿Fué un mal paso?

—Sí, un mal paso

—;Ya me lo figuraba yo! ¿Algún amor de chiquilla, verdad?

Ricardo lanzó una imprecación gorda, revolviéndose como si le hubieran pinchado. ¡No, zopenco!; un mal paso... que cayó al suelo de niña, saltando con otras de su edad... a los cinco años! ¿Qué te habías creído?...

—Hombre, me alegró mucho más... porque... vaya... la verdad...

Jaime se detuvo. No se le ocurrían mas que atrocidades. Apelo a la tos y se pasó cinco minutos tosiendo. Cuando estuvo más sereno cambió habilmente de conversación.

—¿Quieres que vayamos un rato a la sala de billar? Echaremos una partida...

Al ademán negativo de Ricardo, le acompañó dándole palmaditas en la espalda.

Junto a la puerta, echándole un brazo al hombro, le dijo:

Desarruga el entrecejo. En realidad, la cosa no tiene importancia. Tú la crees una niña buena, ¿no es verdad? Pues no olvides que en el comercio, como en el casorio, hay que suponer la existencia de la buena fe por parte de los contratantes...

Cuando se hubo cerrado la puerta, Jaime quedó un momento allí. Su cabeza se inclinó. Se rascaba como un labriego mientras murmuraba:

—Diantre, diantre... Ya me parecía a mí que la mujer de Ricardo tenía unos ojos demasiado elocuentes, y me escamaba que siempre tuviese la mirada puesta en el suelo. Ricardo cree que su mujer cayó a los cinco años... ¡Más vale así!

Y sonriéndose maliciosamente, volvió a su despacho para tumbarse en un diván cuan largo era y cerrar los ojos.

J. Larios de Medrano.

Léanse con interés los anuncios telegráficos de EL VIEJO VERDE: Una peseta las diez primeras palabras; cada palabra más les cuesta a ustedes un sentido.



—¡Por Dios santo; estoy esperando hace una hora, y entre las tres no han podido hacer la tortilla de patatas!

—Es que sobra una, señorita; ¡porque la niñera no hace mas que estorbar!

Ya vuelvo a estar en libertad completa. Madame Fleur—Carmela—es una criatura adorable, a quien no se puede amar de veras sin exponerse a perder la vida entre sus brazos... ¡Extenuál... Y no es que esto me parezca un gran inconveniente para continuar nuestra amistad íntima. No. Pero madame Fleur se ha dejado influenciar demasiado por ciertos exquisitos refinamientos, refractarios en absoluto al buen gusto de todo hidalgo español que no sea un degenerado. Refinamientos que, en su sed de amor, ella considera necesarios, y a los cuales no pudo acceder no quise, mejor dicho.

Además, madame forjó y se propuso un plan inaudito para vengarse de nuestro vecino el austriaco..., tan diabólico, que evadí mi intervención en el asunto. Es posible que algún día haga una penetración en los dominios de Francisco José... Pero no sobre un natural de su país.

En vista de nuestro desacuerdo, Carmela se ha valido de sus mañas, y a esta fecha el austriaco habrá dado ce narices en el sótano de madame, de donde sospecho que no saldrá con vida como el tal señor no sea de acero y muy requetebien templado.

De modo que aquí estoy otra vez sobre la superficie de París, que cada día tiene más bellos, más irresistibles, más hermosamente trágicos atractivos.

El ambiente en la excavación de Francia, es denso, gris, de plomo... Todo el que pone los pies en la calle, lo hace persuadido de que la pálida le acecha para obsequiarle con el abrazo helado que le obligará a dejar de ser. No sabemos dónde está... Muy cerca... La presentimos... Los rostros se orean con el frío de su aliento. Pero no le teme nadie a París.

En el cielo, en la tierra, debajo de la tierra, a nuestro alrededor, en todo lugar donde se fija la mirada, se adivina hoy a la muerte y se la desprecia. Porque esa horrenda figura alada que hoy se cierne sobre el mundo, es villana, es ruin y es cobarde... Su gesto está falto de la trágica sublimidad de la muerte, que nos sobrecoge de terror y admiración a un tiempo mismo. Si los combatientes todos, de uno y otro bando, cayeran a la vez en los brazos yertos de la muerte, el gesto



EL.—Me han dicho que habla usted el italiano.
 ELLA.—Hago lo que quiero con la lengua del italiano.
 EL.—¡Quién fuera el Dante!



aliano, marquesa.
del Dante.

jos, sin luces, silenciosos, se detenían un momento ante un hotel aislado, soberbio, de ventanas herméticamente cerradas; bajaban los que en los coches iban, envueltas en capas ellas, ellos recatados con el abrigo, como conspiradores, vestidos, según podía advertirse, de rigurosa etiqueta; atravesaban el umbral, desaparecían sin hablar con quien abría la puerta, presentando una tarjeta, haciendo un gesto... Los coches, los "autos", continuaron desfilando ante la puerta, paraban apenas y seguían, lentos, suaves, hasta perderse en la obscuridad.

Agucé la vista y el oído; mis ojos reconocieron a algunos de los que entraron allí; mis oídos adivinaron, mas que oyeron, el cantar dulce de una orquesta que decía en secreto el ritmo, la me-

de la pálida estremecería al mundo y sería digno de conmemorarse en el alcázar celeste donde se recibió la idea de Caín y de Abel, del Bien y del Mal, de su punto equidistante. Luzbel, la tentación... Luzbel cayó de allí...

La invención de la muerte humana, como la muerte viva, no fué un acierto de su implantador. El hundimiento del planeta habitado en el misterio de donde surgió un día, eso sí será bello, grande, tan hermoso como la Creación misma, será la Muerte... Pero esto de ahora, indecisa en su elección, continua e insaciable, sorbiendo cada segundo una vida, no es digna de la obra por insignificante y ruin... Nos parece así en la guerra, y absurda e inconsciente y egoísta, arrebatando existencias al azar y porque sí...

Al salir de casa, un pajarillo que volaba alto, medió la sensación de un aguilucho artificial y enemigo.

Una pelusa parduzca—desprendida quizá del morrion de un soldado por un balazo—descendía lenta, antojándoseme un proyectil lanzado desde el aeroplano que mi convicción de la proximidad de la pálida me fingió en el pajarillo. Y esperé—como otras personas que lo vieron creyendo lo mismo—tranquilo, con la frialdad del desprecio a lo innoble en la mirada y un sentimiento de odio en el corazón, a que cayera el proyectil... Voló... Se fueron... Eran del aire... Una decepción más... Otra prueba de la cobardía de la muerte...

El paso fué largo, hasta hacerse de noche, hasta muy lejos del centro de la ciudad... Unos coches bru-



Aquí tienen
ustedes a la
propietaria de
las mejores
piernas publi-
cadas.

lodia sensual de una danza lúbrica. No hubiera supuesto nunca el objeto de la reunión de aquellas gentes.

En un principio se me antojaron conspiradores... Cualquiera hubiera creído, al verlos llegar, que el rey de Bélgica estaba allí disponiéndose a ocupar el trono de Francia; ó, a lo sumo, se hubiera figurado que París pudiente, el no llegado todavía a Burdeos, se divertía aquí esperando al enemigo sitiador con la sonrisa en los labios y ocultándole su desprecio para no escandalizar a los ignorantes...

Peró tampoco acerté al pensar esto último. Los que allí se congregaban de tan extraño modo eran los hombres indiferentes a todo, menos al vicio;... las que les acompañaban, lindas desnudables que iban a cumplir su misión allí como a otra cualquier parte.

Y entonces miré al cielo, negro, sin humo, sin estrellas... Y deseé que un aeroplano auténtico arrojara unos proyectiles sobre el hotel que destruyera el edificio y a la gentuza que había dentro.

Lo que había supuesto una reunión de personas dignas, era sólo una "peña" de hombres sin corazón, miserables de la peor estofa y "cocotas" del más elevado precio.

Peró ellas son siempre, y en este caso más, merecedoras del afecto y la compasión. ¡Con qué asco, con cuánta repugnancia besarían después a los cobardes!... ¡Ellas, tan buenas, tan caritativas, tan patriotas, que en estos días, mas que nunca, saben alegrar con su sonrisa la entristecida fisonomía de madame, la hermosa Ciudad-Sol!

Alvaro Garcés.

París, 28-10-914.

PABLO CUESTA Encargado en Madrid de la
venta de EL VIEJO VERDE
TRES CRUCES, 4 (tienda)
Reparte toda clase de periódicos y revistas



Dibujo de Andrés.

La señora de compañía.—Ahora que se ha marchado el novio de la señorita, le voy a dar un consejo: «No se deje abrazar tanto.»

La señorita.—Es que le quiero hasta la brutalidad.

La otra.—¡Buena, allá usted! ¿Por dónde tiramos ahora?

La señorita.—En este momento me da igual por un lado que por otro.

UN SEÑOR GRAVE

Como pico de loro, la nariz aguileña,
el chambergo hacia un lado con la pluma llorona,
la siniestra en la taza de la dura tizona,
arrogante se mece su figura cenceña.

Los ojillos azules, atrevidos rientes,
bailan bajo los arcos ruinosos de las cejas;
le sonríen las niñas, le murmuran las viejas,
le saludan los nobles y le temen las gentes.

Alcahuete de reinas, instrumento de reyes,
borracho empedernido, violador de las leyes,
a su albedrío marcha la Santa Inquisición.

Una noche, su alteza, que resistir no pudo
con complacencia mutua, lo convirtió en cornudo,
otorgándole honores con esa condición.

LA RAMERA

¿Mi historia? Triste historia la historia de mi vida;
triste, si en la tristeza se compendia el dolor...
La mano de mi padre, villana y atrevida,
casi todas las noches, mi faz abofeteó.

Sí, niña—era muy niña cuando perdí a mi madre—
fui un andrajo viviente—espinas de rosal—
y cuando ébrio, dejaba acostado a mi padre,
corría hasta la tumba de mi madre a rezar.

Hembra ruda, fui amante de un marqués calavera,
de mirada vidriosa y de alma pendenciera...
Reñimos. Gran tragedia. ¡Dios mío! ¿Pero hay Dios?

Arrostrando la vida, llegué sola a un convento.
Salió un fraile gruñendo: —Eres vieja, lo siento.
Y el frío de la noche me rajó el corazón.

EL CAPITAN

Yo fui pobre. Tan pobre fui en mis años primeros,
que yantaba una noche y ayunaba otras dos;
fui en mesones y tascas de los más pendencieros
hasta empuñar las armas de nuestro emperador.

La suerte—gran caballo del carro de mi vida—
me llevó hasta el palacio de un gotoso marqués,
a quien hice la burla con su esposa querida
una tarde—primera que me invitó a comer—.

¡Capitán! La fortuna sonriendo a mi lado.
Conspiré. Perseguido, fui muerto y sepultado...
¡Oh, ambición generosa de nuestro más allá!

Debí seguir su ruta, que quién sabe si acaso
con el padre de mi alma, con el viejo payaso,
hubiera sido dueño de la felicidad.

Angel G. Lugea.



Resurrección Quijano retratada en el momento culminante de demostrar-nos que cada vez es más guapa.

MI CUENTO

Lola, la de los ojos verdes.

“Por los ojuelos traviesos,
que adoro y ya llamo míos,
hace mi amor desvarios...”
(Tirso de Molina.)

A fe mía que no he de hablar de sentidos
amores, ya que de todos es conocida y ol-
vidada la triste historia del Pierrot doliente
y desdeñado...

EL VIEJO VERDE

Bendígame la Madre Noche ya que bajo
el misterio de su brumoso manto fué urdida
la trama de este mi cuento.

Amable y discreto lector, con tu venia,
empiezo...

* * *

En Córdoba, la Sultana, perla de Andalu-
cía, arranca a su lira sublimes arpegios un
poeta joven y soñador, quizá el último bo-
hemio... Este trovero es Manuel Toledano.

Una noche, hermosa, solemne y callada,
ungida con el divino aroma del encanto,
cuando Toledano me recitaba las inspira-



A los quince años seguimos a una jamona en primer grado.

das composiciones de Emilio Carrere, su poeta predilecto, hubo de decirme:

—Antonio: Yo sé de una mujer idéntica a aquella a quien visitó el enamorado “Caballero de la Muerte”...

Sonreí entre burlón y crédulo, mas mi amigo arguyó al instante:

—¿Dudas?... Pues sígueme, y verás cómo por arte de ilusoria fantasmagoría se convierte en tangible realidad un ensueño que inspiró la bien amada bohemia.

Guardé meditativo silencio, y, caminando al lado del poeta amigo, deambulé breve espacio de tiempo por las solitarias calles cordobesas, tan llenas de poesía...

No tardamos en encontrarnos en un coquetón y pequeño gabinete, al que bien pudiera calificar de caprichoso nido de amor; abigarrada profusión de cuadros pendían de las paredes en unión de un gran espejo de biselada luna; figulinas de porcelana y “biscuit” adornaban sendas consolas en las que, búcaros de esmerilado cristal, mostraban ramilletes de fragantes flores que, inclinadas al peso de sus aterciopeladas corolas, parecían presas de grato desfallecimiento amoroso...

Cuando contemplaba embebecido el pintoresco aspecto de la estancia, advertí reflejada en el espejo la figura de mi amigo, quien, ante mi embeleso, sonreía triunfal...

Imagináos un rostro hechicero, dotado de innumerables perfecciones y gracias, y os daréis cuenta exacta del semblante de Lola, la mujer protagonista del ensueño trocado en realidad.

Sin saber cómo, no pude menos que re-

cordar a Arolas, el eximio poeta que en inspiradas estrofas rindió parias a los encantos de la venusina princesita de Eboli. ¡Y es que Lola fué mi princesita de Bohemia!...

Verdad eran las afirmaciones de mi amigo: Lola era muy linda, y como la damita bella de quien dijo Carrere que un día escuchó la canción pasional del “Caballero de la Muerte”, amaba también la poesía... A instancias suyas puse un pensamiento en su abanico, igual que condensé en el brillo de aquellos ojos todo el fuego de mi ardiente pasión...

Los párpados de la princesa de Eboli y los de Lola, ocultaban

“Como venda bienhechora la pupila matadora, que, cerrada, se ha dormido...”

¡Ojos dormidos bajo el soberano influjo de una apoteosis de placeres ignotos, de efluvios lujuriosos!...

Y al contemplar en el perfumado lecho a aquella escultural mujer, sentí que sus cabellos, cual los de Medusa, la gorgona mitológica, eran como sierpes que se enroscaban a mis brazos...

Besé en ardiente espasmo aquellos ojos mezcla de verde esmeralda y azul cielo, y después, internado en los mundos del deleite, creí escuchar el maléfico canto del “Caballero de la Muerte” que venía a segar en flor nuestras lozanas vidas...

Antonio Hoya.

Compre usted los martes EL FENÓMENO



A los cincuenta y cinco a una nieta de la jamona.

EL VIEJO VERDE



¡Todos los días me entra una pereza!... Y el caso es que todos los días me entra a la misma hora.

MURMURACION

Cuplés creados por la notable artista
RESURRECCION QUIJANO
Música de F. OREJON

I

El ama que tiene el padre Miguel,
se confiesa siempre con el padre Antón,
y jamás han dado ni ella ni aquél
sobre tal costumbre una explicación.

Hace pocos días, después del rosario,
se acercó la moza al confesionario,
y quedó turbada al hallar en él
la recia figura del padre Miguel.

Y al cesar su turbación,
"se miraron, se rieron
y él la dió la absolución".

II

Un mozo del pueblo, llamado Tomé,
tonto de remate y con buen caudal,
al mediar diciembre del pueblo se fué
por pasar las Pascuas en la capital.

Una lagartona, de vida dudosa,
le cazó en las redes, que tendió mañosa;
y al volver al pueblo nos dijo Tomé:
mi media naranja, al cabo, topé.

Y exclamé sin vacilar:
el cuitado no imagina
lo que tiene que topar.

III

Ha poco que al pueblo llegó de Berlín,
un naturalista de reputación,



El señor empresario que no contrate a Juanito
Vandel es un tal y un cual.

La Dirección.

que a los avechuchos los llama en latín
cosa que en el pueblo causa admiración.
Busca mariposas, lagartos y ranas,
y, con gran asombro, unas aldeanas,
al naturalista han oído hablar
de cierto curioso y raro ejemplar.

Y otra moza del lugar
preguntó al naturalista:
¿me lo quiere usted enseñar?

Jerónimo Gómez.

Vandel, Fotógrafo
Puerta del Sol, 3.



Así voy a estar sin menearme hasta que entren los alemanes, porque si entran, tiempo me queda para moverme.



Dibujo de Andrés.

La vida es muy cara en Madrid, y como hay que trabajar tanto, no queda tiempo de mascar ni un bocado.

La ligereza (1).

Viajaba en un tranvía una linda viajera, una divina mujer, alta, primorosa, esbelta, en fin, de las que se dice que son hembras de primera.

Mandó parar. No paró, y demostrando impaciencia, quiso apearse del coche; pero al pie le faltó tierra y cayó, midiendo el suelo, descubriéndose las piernas y enseñando en la caída sus intimidades bellas.

Pronto se puso de pie, y al hacerlo así la nena a un señor le preguntó:

Del libro "Ripios vulgares".

—¿Ha visto mi ligereza?
Y el señor, aún relamiéndose por lo que mostró la bella, respondió:

—¡No sé que a "eso" se llame de esa manera!

(Y la chica se corió toda, toda de vergüenza.)

E. Peláez Maspóns.

J. F. A.

No perdonan ustedes nada. ¡Rediez, qué tios! ¿Pero ustedes no saben, encantos míos, que a lo mejor se equivoca uno? Un tanto flojillo resulta, en verdad; pero, en cambio, ahí tienen ustedes éste, que no es extraordinario. ¿Qué les parece?

Si no pegan ustedes, reciban los afectos de este pobre director de "El Viejo", que les estrecha la mano lo más humildemente posible.

RECIENTE CASADOS



El.—¡Júrame que no serás de otro hombre!

Ella.—¡Ay, sí que te lo juro; pero procura no separarte de mí un momento; somos tan tontas las mujeres...!

... ANUNCIOS TELEGRÁFICOS ...

Cinco céntimos palabra.

Géneros de punto. Los mejores y más baratos. Calcetines a precios inconcebibles, medias puestas en casa a 1,50. Puestas en la trastienda se hace una rebaja.

Criado joven para señora sola que padece de los nervios y hay que estarla sujetando siempre. El verá lo que hace; la comida es abundante y opípara.

Falta doncella de buena presencia para caballero solo que no le gusta que le hagan la contra.

Estudiantes: Alcobas con ó sin Zorrilla, 103.

Máquinas de estornudar marca Bronc, son las mejores.

Nos hace falta una muchacha que sea guapita, de menos de dieciocho años. Ya se le dirá lo que tiene que hacer. Los avisos en "Trust de los traperos".

Eso de que los pechos se endurecen con piladoras, es un camelo. La señora que se pase por casa del doctor Tetów, y se ponga en sus manos, a los ocho días no la puede abrazar su marido porque se hace daño.

Compre usted todos los martes
EL FENÓMENO

GRAN PARQUE DE RECREOS
EL PARAISO



El más céntrico de Madrid, en la calle de Alcalá. Temperatura agradabilísima. Grandes atracciones: *Sports, variétés*, música, fiestas infantiles

BAR Y RESTORAN

EL PARAISO es el punto de reunión de la buena sociedad madrileña durante el verano.

Abierto tarde y noche.

SOCIEDAD ANONIMA DE OMNIBUS

DE

MADRID

SERVICIO DE TRANSPORTES MARÍTIMOS

Esta Sociedad, en combinación con la *Compañía Transatlántica Española*, se encarga de expedir desde esta corte toda clase de encargos y mercancías con destino a los puertos visitados por los buques de dicha Compañía en las líneas de Filipinas-Cuba-Méjico-Fernando Poo y Argentina.

Para tarifas y referencias DIRIGIRSE: a las oficinas Centrales, paseo de los Pontones, 2, teléfono 808, o a la Agencia-Sucursal, situada en la calle de Tetuán, núm. 13, teléfono 4.580.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS - DIRECTOR: DEMETRIO

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones y saloncillos :: Colaboración de los más notables escritores :: Fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
 Número suelto... 0,05 —
 Idem atrasado... 0,10 —

SUBSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
 En el extranjero... 8 —
 En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
 Media plana... 35 ptas.
 Plana entera... 70 ptas.
 Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: FACTOR. 4 - MADRID